

Juan Miguel Flujas Contreras
Rosa Cánovas López
Inmaculada Gómez Becerra

EL VIAJE EN TREN DE MATEO



EL VIAJE EN TREN DE MATEO

Juan Miguel Flujas Contreras
Rosa Cánovas López
Inmaculada Gómez Becerra

EL VIAJE EN TREN DE MATEO

Ilustrador: © José Luis Espuelas

© Juan Miguel Flujas Contreras
Rosa Cánovas López
Inmaculada Gómez Becerra
© Ediciones Pirámide (Grupo Anaya, S. A.), 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Teléfono: 91 393 89 89
www.edicionespiramide.es
Depósito legal: M. 16.445-2019
ISBN: 978-84-368-4123-7
Printed in Spain

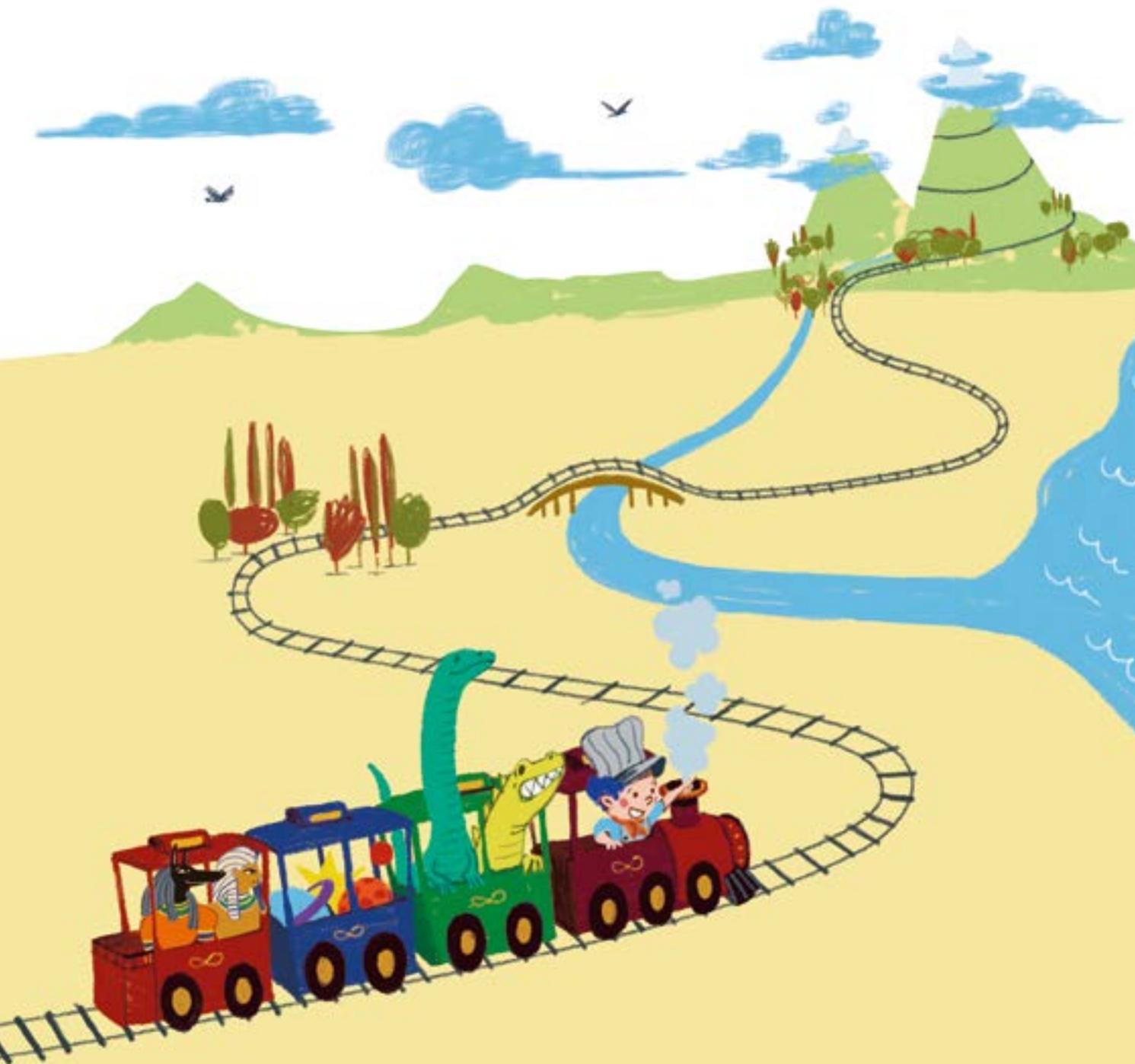
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

PSIcoCuentos

EDICIONES PIRÁMIDE

Mateo es un niño al que le gusta mucho jugar con los trenes. Se pone su gorra de maquinista, arranca el motor del tren y comienza su viaje. Uno de los lugares donde más le gusta ir es a las Cumbres Altas. Allí están las cosas más importantes para él.

El tren de Mateo tiene solo tres vagones, pero están llenos de las cosas que más le gustan. Uno está repleto de dinosaurios; otro está cargado de planetas, cometas y constelaciones, y el último está lleno de historias y esculturas del Antiguo Egipto.



Un día Mateo vio algo sobre el volante del tren. Era como un dinosaurio pequeño con los ojos saltones. Pero no le dijo nada y empezó su viaje.

—¡A toda máquina! —dijo Mateo.

—¡A toda máquina! —repitió el pequeño dinosaurio. Mateo abrió mucho sus ojos. ¿Qué es eso?, pensó.

—Hola, soy Pesqui. ¡A toda máquina! —dijo el pequeño animal.

—¿Eres un espinosaurio? ¡Tienes que ir en el primer vagón! —dijo Mateo.

—¡No!, soy Pesqui, un camaleón hembra. He venido a ayudarte —dijo, mientras desaparecía.

A Mateo no le gustaba que hubiese alguien más en la sala de máquinas. Pero como se parecía a un dinosaurio dejó que viajase con él.



De repente, Mateo vio a un chico en medio de las vías del tren. No estaba dispuesto a que nada ni nadie alterara sus planes.

—¿No paras? —dijo Pesqui.

—¡No! —gritó Mateo mientras notaba cómo se le aceleraba el corazón.

Pesqui se dio cuenta de que a Mateo no se le daba muy bien hacer amigos, así que decidió ayudarle.

—Mira —dijo Pesqui—, ahí tienes el Cofre de las Palabras, si eliges las palabras adecuadas podrás hacer nuevos amigos.

A Mateo no le dio tiempo a acercarse al cofre cuando Pesqui activó el freno, sacó su lengua y comenzó a pegar palabras por toda la sala de máquinas:



—Te enseño cómo se hace —dijo Pesqui enseñándole cómo colocar las palabras que había elegido—. ¿Ves? ¡Hola, me llamo Mateo!

—¡HOLA, ME LLAMO MATEO! —repitió Mateo. Entonces...

—¡Hola!, soy Dani —dijo el niño desde la vía del tren. Sorprendido, comenzó rápidamente a buscar en el Cofre de las Palabras, pero Pesqui le susurró al oído: «¿Cómo estás? ¿Quieres subir al tren?».

—¿CÓMO ESTÁS? ¿QUIERES SUBIR AL TREN? —repitió con un tono un poco fuerte Mateo—. VOY A LAS CUMBRES ALTAS.

Dani subió al tren y se sentó entre los dinosaurios.



me



Mateo



—Tengo una cosa más para ti, Mateo —dijo Pesqui—; es un aparato que te ayudará a saber qué tono de voz usar.

—¡Pero este aparato se mueve mucho! —dijo Mateo—. ¿Qué le pasa?

—Está señalando la zona roja de volumen. Eso indica cómo tenemos que hablar ahora a Dani porque está lejos.

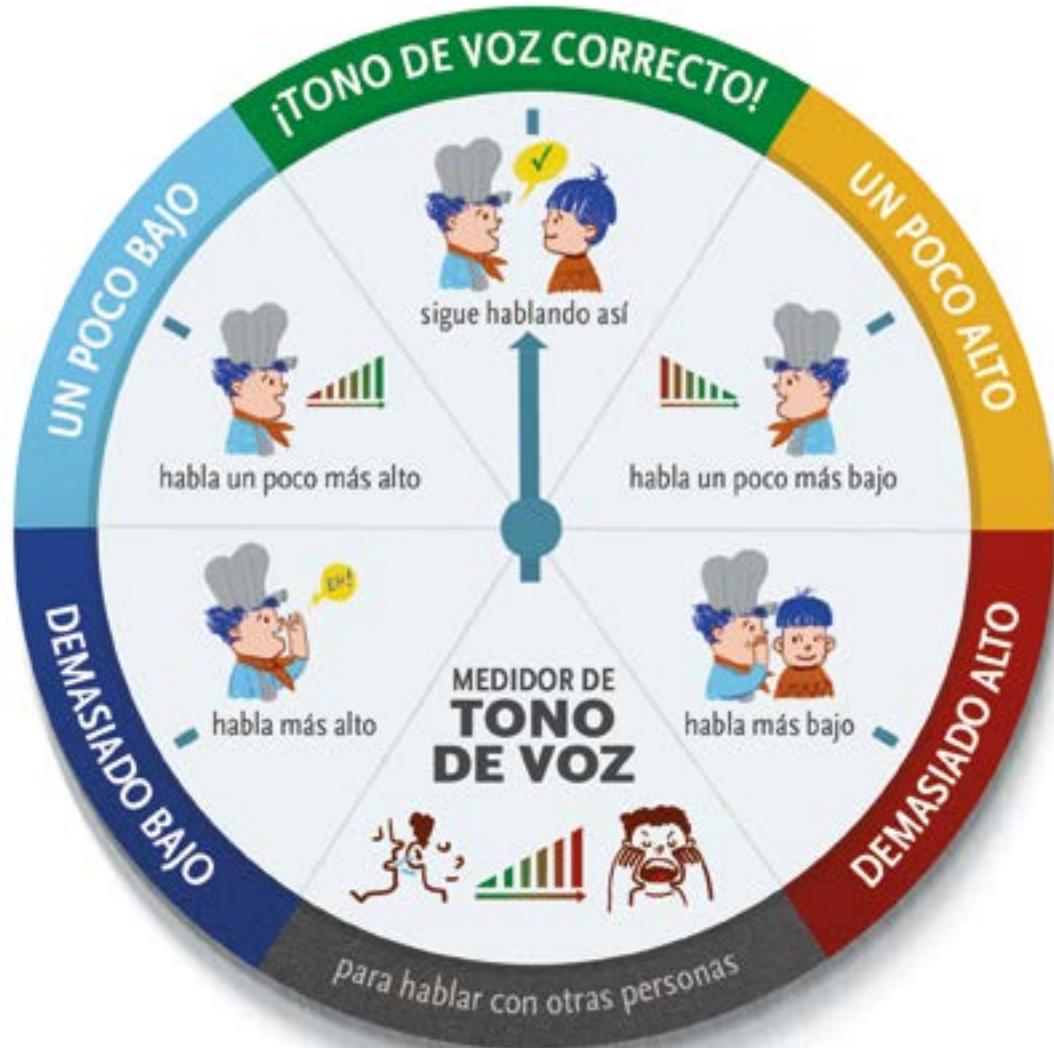
—¡Dani! ¿Vas bien? —dijo Mateo mirando cómo la aguja se ponía en la zona verde, lo que indicaba que lo estaba haciendo bien.

—¡Bien! —respondió Dani.

—¡Genial! —dijo Pesqui—. Ahora cuéntame un secreto susurrando.

Mateo le contó algo a Pesqui que solo ellos dos pudieron escuchar, y la aguja se quedó en la zona verde.

—¡Magnífico! —dijo Pesqui muy contenta.



De pronto, Mateo miró al frente y se dio cuenta de que algo iba mal.

—¡Oh, no! —pensó—, me he pasado de estación.

Su corazón comenzó a latir muy fuerte, le picaba la nariz y no podía parar de rascarse sin control. Pesqui vio que Mateo no paraba de moverse.

—¿Sabes cómo se llama lo que te ocurre?: estar nervioso. Por suerte, ya llegamos al mar Sereno —dijo Pesqui.

Mateo le miró sorprendido. No sabía por qué era una suerte llegar a ese sitio. Y lo peor de todo, se sentía cada vez más nervioso, como decía Pesqui.



—Si miras a la orilla y te concentras en las olas, tu cuerpo comenzará a sentirse más tranquilo —explicó Pesqui cuando empezaron a ver el mar.

—¿Cómo? —preguntó Mateo.

—Con tu respiración puedes hacer que las olas del mar se muevan de manera diferente, lentas y agradables, por ejemplo —dijo Pesqui—. Así pasarán de estar agitadas, como tú ahora, a estar calmadas.

Le enseñó a concentrarse en el mar, a tomar aire por la nariz despacito y luego a soltarlo todo lentamente, como si quisiera empujar las olas con suavidad.

Así lo hizo Mateo. Poco a poco el mar empezó a estar más sereno y calmado, y Mateo también empezó a sentirse más tranquilo.

—¿Ves? Ahora estás calmado —le dijo Pesqui.



En la siguiente estación había una niña con una camiseta que tenía cientos de estrellas. A Mateo le encantaban las cosas del espacio, así que no se pudo resistir y paró el tren.

—¡Hola!, soy Luna —dijo la niña.

—¡Hola!, yo soy Mateo.

—Encantada... —dijo sin terminar la frase.

—¿Te gusta la Luna? —dijo Mateo—; a mí me encanta. ¿Sabías que tiene una cara oculta? Es el quinto satélite más grande. Porque hay más lunas aparte de la nuestra...

Mateo siguió hablando y Luna solo le miraba intentando decir algo. Cuando Pesqui escuchó tanto alboroto, se asomó y se dio cuenta de que Luna no podía hablar, así que tuvo que ayudar de nuevo a Mateo.



—¡Ya lo tengo! —dijo Pesqui—: podrá hablar quien tenga este planeta en sus manos, y así hablaréis los dos y esperaréis vuestro turno.

—¡Guau! Sabes un montón del espacio, ¿sabes que esta noche hay lluvia de estrellas en las Cumbres Altas? —dijo Luna.

—¡Nosotros vamos allí! Vente y las vemos juntos —dijo Mateo.

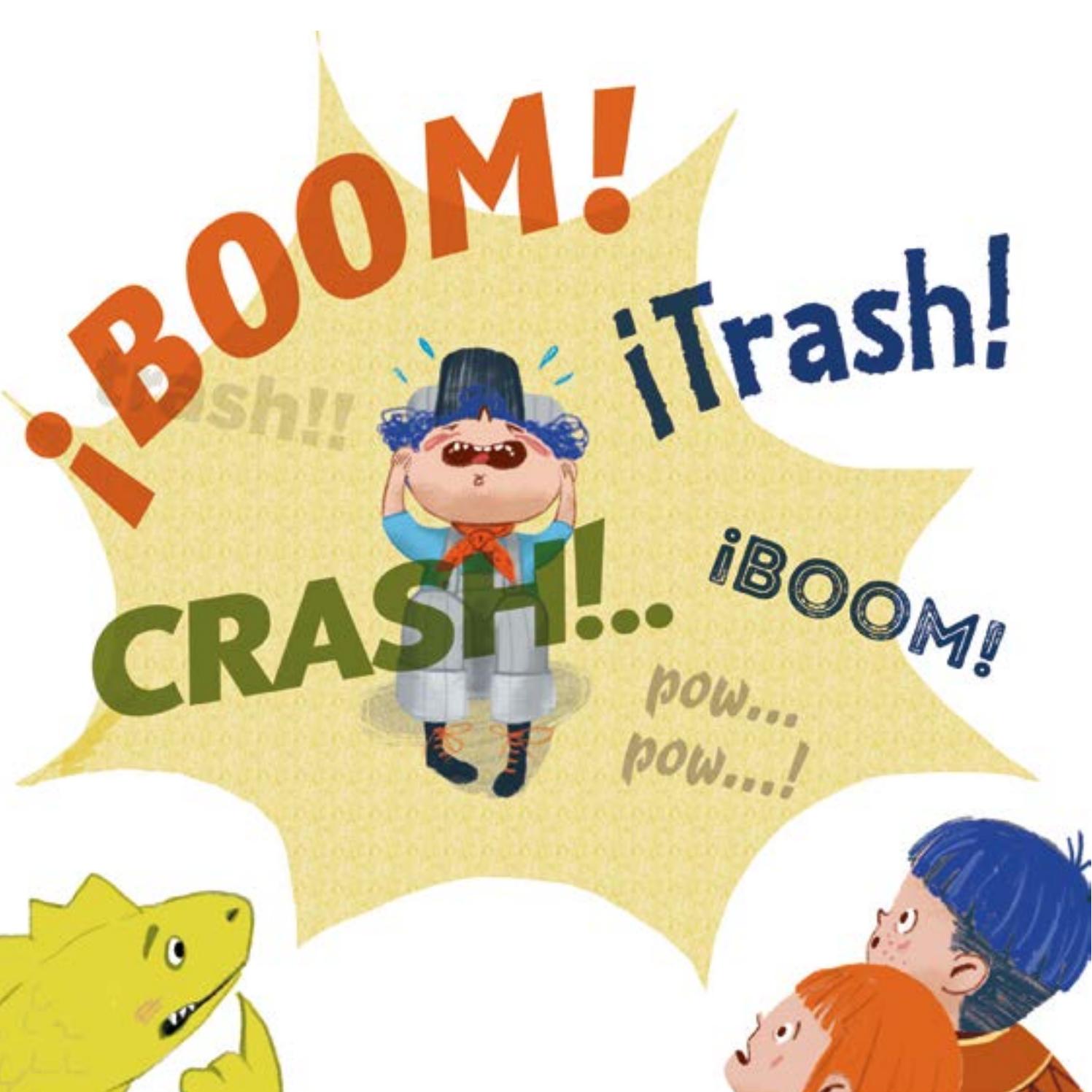
Mateo y Luna se hicieron amigos, e incluso dejó que estuviese con él en la sala de máquinas.



Y en medio de esta conversación... ¡Boom! ¡Trash! ¡Crash! Estaban pasando por los Páramos del Zumbido y empezaron a escuchar un montón de sonidos muy fuertes. A Mateo le molestaban mucho los sonidos fuertes y en esos momentos no sabía muy bien qué hacer. Sus amigos tampoco sabían cómo calmarle. Los ruidos se hacían más fuertes cada vez y Mateo paró el tren en seco.

¡Zoom! ¡Pum!

Pero los ruidos continuaban oyéndose aunque intentasen pararlos. A veces aflojaban, pero después sonaban mucho más fuerte.



Al cabo de un rato, Mateo pidió ayuda y su pequeña amiga, Pesqui, apareció de nuevo. Pesqui ya sabía que Mateo era muy sensible a los ruidos, así que hizo que apareciese un reloj de arena para saber el tiempo que quedaba para cruzar la zona.

Ahora Mateo sabía que este ruido iba a terminar de un momento a otro y eso le hacía estar mucho más tranquilo. Le molestaba, pero estaba más relajado sabiendo que pararía.

Tal y como dijo Pesqui, el ruido paró en cuanto se alejaron.



Mateo y sus amigos siguieron hablando hasta llegar a las Cumbres Altas. Allí le esperaban su mamá, su papá y su hermana. Cuando llegaron, Mateo les contó todo lo que había aprendido con Pesqui.

Con esto todos aprendieron los trucos para ayudar a Mateo y a partir de ahora los viajes serían más fáciles y divertidos.

Pero, ¿dónde está Pesqui? —dijo Mateo, y empezó a buscarla, pero no la encontró: había desaparecido.



Encima del volante del tren había un mapa con todos los cambios que habían ocurrido, los obstáculos que encontraron en ese viaje y también cómo los habían resuelto. Entonces Mateo entendió que ese mapa lo había dejado Pesqui para seguir ayudándole.

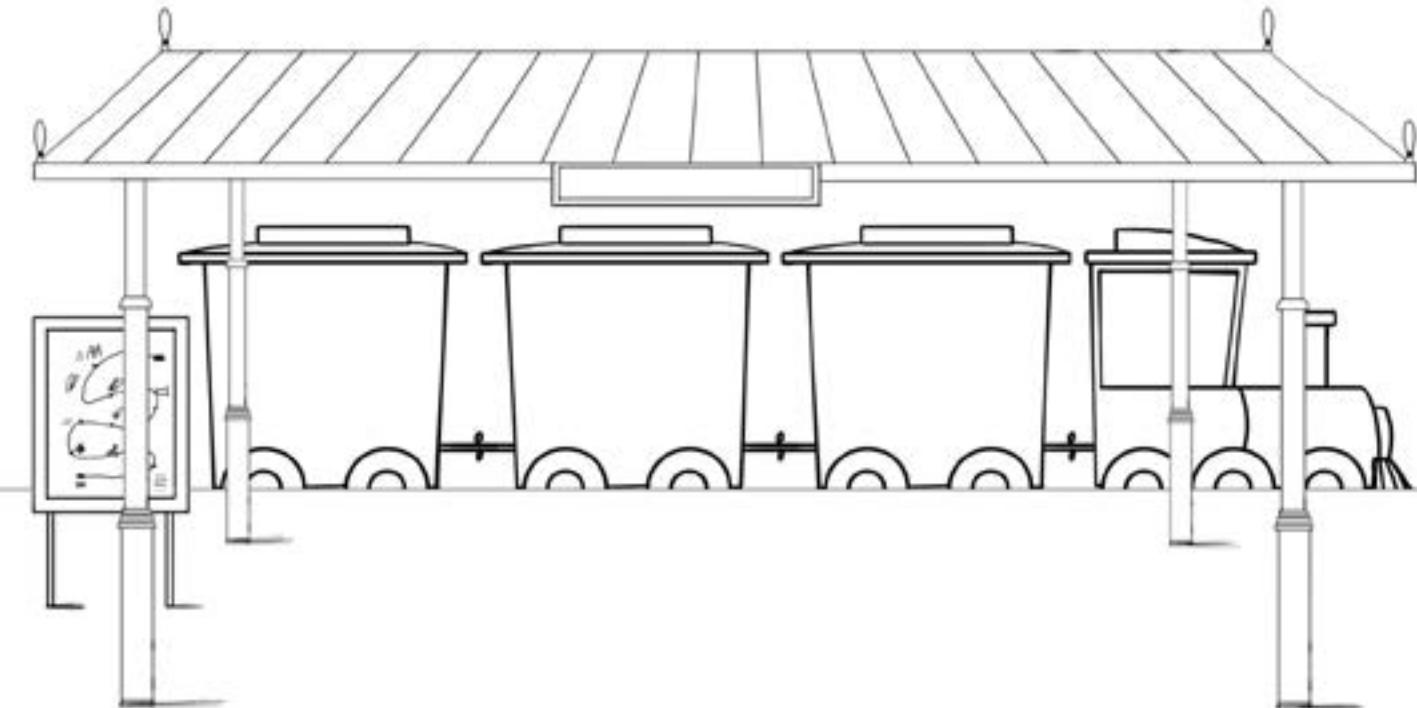
¡Por fin había llegado el momento!

Todos juntos, su familia y sus amigos, se fueron a ver esa lluvia de estrellas tan esperada.



ACTIVIDAD 1

Pesqui ayuda a Mateo durante su viaje. En el andén de la estación dibuja y nombra a las personas que te ayuden a ti y escribe dentro de los vagones del tren las cosas que te gustan.



ACTIVIDAD 2

La ayuda que Pesqui dio a Mateo	Yo la puedo usar cuando...	Haciendo (preguntando, observando...)
Usar el cofre de las palabras para iniciar una conversación o juego con un niño.		
Usar el volúmetro para controlar el tono de mi voz.		
Respirar para calmarse cuando Mateo está nervioso en el Mar Sereno.		
Respetar el turno de palabra cuando habló con Luna, mostrando interés por sus cosas.		
Pedir ayuda cuando se encontró mal (desorientado, preocupado, sorprendido, asustado, nervioso...).		
Utilizar el reloj de arena para encontrar la tranquilidad y saber esperar.		

Mateo es un niño al que le gusta mucho viajar en tren, pero le cuesta hacer amigos. Hasta que una pequeña amiga le enseña varios trucos muy útiles.

OTROS CUENTOS:

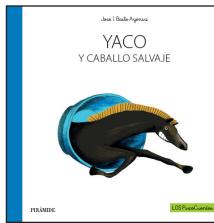
ÁLEX EN UNA MISIÓN SECRETA



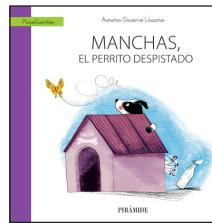
ÁLEX Y EL MONSTRUO DE LOS OJOS ROJOS



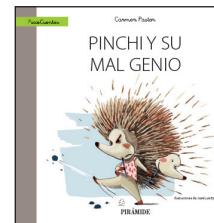
YACO, EL CABALLO SALVAJE



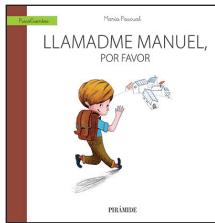
MANCHAS, EL PERRITO DESPISTADO



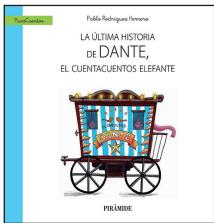
PINCHI Y SU MAL GENIO



LLAMADME MANUEL, POR FAVOR



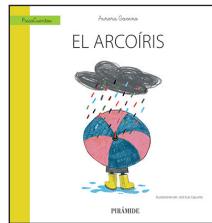
LA ÚLTIMA HISTORIA DE DANTE, EL CUENTACUENTOS ELEFANTE



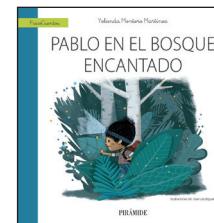
UN BEBÉ LLEGA A CASA



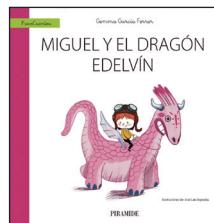
EL ARCOÍRIS



PABLO EN EL BOSQUE ENCANTADO



MIGUEL Y EL DRAGÓN EDELVÍN



PLANETA RABIETA



LAS ALAS DE BRÍ

